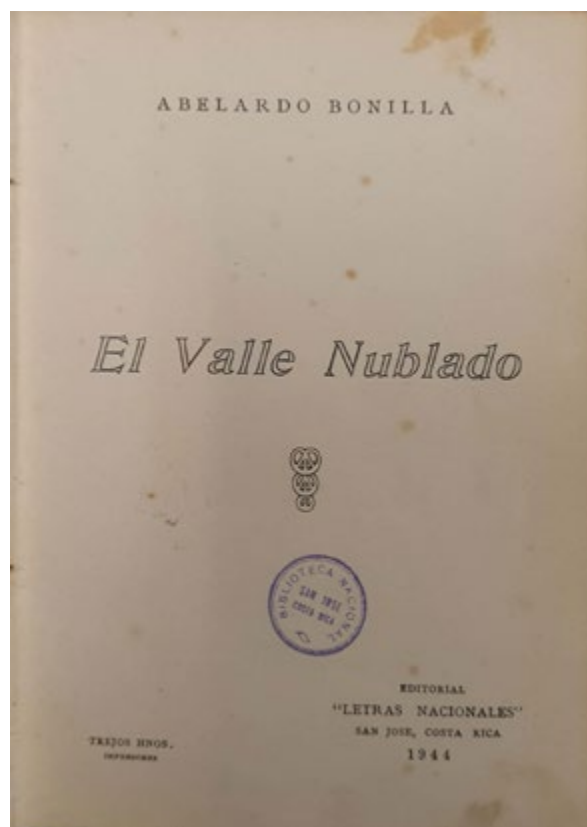


Abelardo Bonilla



Abelardo Bonilla es uno de nuestros más profundos ensayistas.

De cuando en cuando, ese aspecto característico suyo se asoma en el desenvolvimiento de la novela *El valle nublado*.

Obra que obliga, aunque no se quiera hacerlo, a reflexionar acerca de los destinos del pueblo que se agita en el centro del valle dominado por las más densas neblinas.

Fernando González, con su diploma universitario, vuelve de Europa precisamente cuando esta se contorsiona en los torbellinos de la Segunda Guerra Mundial.

En el barco que va acercándolo a la tierra de sus mayores, conoce a dos mujeres de muy distintas nacionalidades. Elly y Margaret, espíritus de frialdad y quietud que desesperan. En la una, de misteriosa fibra nórdica, adivina un halo de aventura que lo subyuga. Con la otra, de sugestivas curvas tropicales, empieza un idilio de orientación sensual que le causa miedo.

Llega Fernando a la finca de su tío. En sus viajes frecuentes a la ciudad vecina, empieza a estudiar las nieblas que se levantan en el espíritu de cada uno de los costarricenses.

De carácter imperioso y, a la vez, disciplinado, le llama la atención el pasivismo del hombre frente a la actividad incesante de la naturaleza que trabaja por ambos. Nada le agrada la retórica con la que el costarricense acostumbra resolver cuanto problema la vida le va presentando.

En sus paseos por las calles de la capital y por los senderos umbríos del campo observa el conformismo fatalista, que impera en los grupos humanos que no han logrado adquirir consistencia alguna en el orden espiritual. Eso transforma la nación en un país de valores relativos y de convenciones consagradas.

Le duele ver cómo se deja en manos de la improvisación, cómo lo imprevisto, lo no esperado es lo que orienta en los momentos de mayor peligro.

Pueblo de gestos exagerados, de entusiasmos pintorescos por asuntos baladíes. Nación en la que se rige el abuso de movimientos, de palabras y de giros que pretenden deslumbrar haciendo creer que todo se sabe y acerca de todo es permitido externar opiniones.

Nación en la que se evidencia un barroquismo que desespera pues le agrada lo ilimitado. Se complace en multiplicar y exagera los hechos. Desconoce la mesura, la sencillez, la quietud del alma, la suave delicadeza de todo grupo sensato.

Pueblo en el que domina, como actividad primordial sin sentido serio, la politiquería que es un pasatiempo, para los menos, y una industria, para los más. En esa política, de baja extracción, los grandes utensilios; las palabras sonoras, las frases hechas que, con facilidad suma, crean y destruyen reputaciones.

En un conjunto social de propósitos, de proyectos que solo saben resolverse en palabras, nunca en realidades.

Señala, en las calles, en los clubes, en los cabarets, el deseo de escaparse de la realidad, hundiéndose en los vicios, riéndose de la eficiencia, amparándose a la más inconsciente irresponsabilidad. En las resoluciones, tanto colectivas como individuales, no existe la convicción necesaria sino la convención basada en el más crudo oportunismo.

En la segunda parte de esta interesante novela, encontramos a Fernando haciendo esfuerzos por resucitar una quimera que, en los años adolescentes, despertó en él la versatilidad, muy femenina, de Elena.

Nos damos cuenta, aquí, del apego a lo cómico, a lo superficial de la vida, que resuelve los problemas no tomándolos en serio en ninguno de los instantes. Ese temperamento nacional se refuerza con la afición a la aventura por lo que de aventura tiene, no como propósito intenso en una vida de indolencia tropical.

No nos sorprende el hondo resentimiento de Cristina, mujer de ambiciones a quien la fortuna se ha complacido en burlar en todo momento. Como en tantas otras, ha fundado sus esperanzas en lo máximo y se ha resignado a conformarse con lo mínimo. Es elocuente el gesto de voluptuosidad con el que acaricia el potro que acaba de lanzar al suelo a Paco, su novio.

En esta etapa del desarrollo de la novela, nos habla Bonilla del silencio del campesino costarricense. De su preocupación por los amuletos protectores. De su amor a la cerreta y, en ella, a los adornos, inconsciente reminiscencia religiosa de los retablos coloniales españoles.

La tercera parte es una dulzura idílica. Allí, surge un rezo popular en el que se compenetran lo divino y lo humano en los misterios del rosario y en las alegrías del licor.

Interesa la figura de Una, de honda simpatía, pura, calma, recatada e incitante, de andar armonioso como su espíritu en el que no existe desolación anímica alguna.

Despierta en Fernando el sortilegio de la tierra hacia la que lo obliga a volver, después de un largo y penoso camino recorrido para encontrarla.

El amor de la deliciosa campesina le hace amar la tierra en la que halla la libertad ansiada. Le basta, para ello, el anulamiento involuntario de la duda que sólo le levanta frente a aquello que nos es indiferente.

Como se ve, una novela de pensamiento robusto, admirablemente documentada, valerosamente escrita.

Fuente: Garnier, José Fabio. (2017). Cien novelas costarricenses. Compilación, prólogo y notas de Mario Oliva Medina. 1a. ed. Heredia, Costa Rica : EUNA.